

grandes, viviendo según Dios, se hicieron santos: y ellos eran como nosotros, algunos tal vez en sus principios peores que nosotros. Vedlo en Pablo, en Agustín, en Magdalena y en tantos otros que, como ejemplos, nos ofrece la historia. Sigamos nosotros ese camino, haciéndonos sordos al canto de sirena de la filosofía anticatólica y corruptora de nuestro siglo, que blasonando progreso, quiere hacer retrogradar al mundo al estado que tenía antes de Jesucristo, á la vida del egoísmo y de las pasiones. No nos apartemos del camino trazado por el restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra, por el que con su doctrina y con su gracia ha formado los grandes héroes que admiran las generaciones. El que quiera venir en pos de mí, dice Él, niéguese á sí mismo y á sus pasiones desordenadas, tome su cruz para vencerlas y triunfar, y sígame (1) por el camino de la humildad y del sacrificio; de este modo logrará su completa regeneración, será bienaventurado y participante de mi felicidad y mi eterna gloria.

(1) Luc. IX, 23.

QUINTO SERMON.

Jesucristo eleva al hombre y le deifica con la gracia que le comunican los Sacramentos, y especialmente la Sagrada Comunión.

*Gratia Dei sum id quod sum.....
Non ego, sed gratia Dei mecum.
(I Cor. XV, 10.)*

Dios nos eligió desde la creación del mundo, dice San Pablo, para que seamos santos é inmaculados en su presencia, predestinándonos para la adopción de hijos suyos en Jesucristo, á fin de manifestar en nosotros las magnificencias de su gracia (1). Esta es la voluntad de Dios, nuestra santificación (2). Sereis santos, había dicho ya en la antigua ley, porque yo soy santo (3). Sed perfectos, añade en la nueva, como vuestro Padre que está en los cielos (4). Sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy amados (5). ¡Qué grandeza, hermanos míos!

(1) Ephes. I, 4, 5.
(2) I Thessal. IV, 3.
(3) Lev. XI, 45.
(4) Matth. V, 48.
(5) Ephes. V, 1.

¡Qué término tan sublime presentado al hombre que en sus aspiraciones tiende siempre al infinito! ¡Qué deber al mismo tiempo tan apremiante! Para esto nos eligió desde la eternidad; para esto nos ha criado en el tiempo; para esto nos ha regenerado por Jesucristo. Este es el fin de la Encarnacion del divino Verbo, que aproxima á Dios y al hombre; este el de la redencion, que expiando el pecado, destruye el muro de division que los separaba; este el de la adopcion del hombre por hijo de Dios, admirablemente realizado en el bautismo. En una palabra; á la santificacion del hombre, para que sea digno de Dios y de la participacion eterna de su gloria, se dirige todo en el órden de la naturaleza y en el de la gracia. Este es el fin de Dios. Este debe ser tambien el fin del hombre que á tan sublime altura es llamado por el Criador, y que es objeto de tantas invenciones maravillosas del amor divino. Tanto más debe serlo, cuanto que de ello depende su bienaventuranza, ese bello ideal de perfeccion y de felicidad á que se siente atraido, pero que no alcanzará sin multiplicados esfuerzos que le merezcan la eterna posesion del Infinito.

Ahora bien, Señores; la santidad en el hombre es el reflejo de la santidad de Dios, que es la bondad en sí misma, la perfeccion en toda su plenitud, la perfeccion sin término. El hombre es llamado por el Criador á subir en constante progreso hácia esa altura, prometiéndole que le comunicará su vida, su amor y su gloria, á medida que se acercará más á Dios por la santidad. ¿Podrá la criatura llegar á tal grandeza? Por sí misma, jamás. No somos suficientes, dice San Pablo, ni aun para formar un buen pensamiento en el órden de la gracia: nuestra suficiencia viene toda de Dios (1). Pero Dios

(1) II Corinth, III, 5.

lo quiere, y enriquece al hombre con los auxilios necesarios. Le da por modelo de esta santidad á Jesucristo su Hijo, inculca en su corazon la sávia de la vida divina, la aumenta y robustece con su gracia para que germine y extienda sus ramos de honor y de virtud, y se le une con amor inefable en la Eucaristía para hacerle una misma cosa con él, abismándole en el mar de sus gracias y de sus infinitas perfecciones. Con tales auxilios, ¿qué no podrá el hombre? ¿Qué sacrificios se le harán difíciles? ¿Qué virtudes le parecerán bastantes? Todo lo puedo en aquel que me conforta, exclamará con San Pablo (1), y se lanzará á la conquista de la santidad y de la gloria.

A este fin conduce Jesucristo, porque despues de ordenar las pasiones del hombre, le eleva sobre sí mismo hasta la participacion de la misma divinidad, mediante los dones de su gracia que le comunica en los Sacramentos, especialmente la Sagrada Comunión. Ved la idea cuya explicacion nos ocupará esta tarde.

PRIMERA PARTE.

Elevacion del hombre hasta la union con Dios, comunicacion de la vida de Dios á su criatura, deificacion del hombre: hé aquí, Señores, el objeto del gran sacramento de la piedad divina en el misterio de la Encarnacion del Verbo, la obra de Jesucristo. Dios se hace hom-

(1) Philip. IV, 13.